

# ADAPTACIONES

Acompañar los procesos...

Text: Celeste Vaiana, acompanyant i membre del Grup de Treball de la XELL

Uno de los pilares fundamentales de nuestra propuesta, es el acompañamiento al niño en su proceso de adaptación al espacio.

Este proceso de adaptación lleva implícito –si el niño tiene dos añitos- la elaboración psíquica, emocional y física de la separación del espacio fusional del niño con su madre para dar lugar a una nueva etapa, en dónde el interés –energía o libido- se va desplazando progresivamente hacia el mundo exterior.

Este pasaje del interés desde lo familiar hacia lo social conlleva un reto emocional inmenso tanto para el niño como para sus padres.

Entrar en el espacio, explorar los materiales, habitar los diferentes rincones, encontrarse con los pares y los adultos acompañantes, adaptarse a las normas establecidas, entrar en el juego y las propuestas, hacerse un lugar en el grupo y encontrar su lugar en el proyecto, será un proceso difícil que el niño tendrá que llevar a cabo, no sin la presencia y la contención de su madre/padre.

Por tanto, es muy importante que el familiar que acompañe al niño/a en el período de adaptación o que decida permanecer en el espacio en determinados momentos, interiorice poco a poco las normativas establecidas a priori, para sintonizar con el ambiente creado, siguiendo algunas pautas que a continuación ofreceremos.

**La adaptación es un proceso** –que evoluciona--: esto quiere decir que no es algo que se desarrolla de un día para otro, sino que necesita de un tiempo para establecerse de manera adecuada.

Durante este proceso el niño/a necesita aferrarse a la seguridad de lo familiar para poder afrontar su permanencia en un espacio desconocido, que le es extraño y hostil en un primer momento.

Sobre todo consideramos que cada familia tiene sus propias singularidades en función de su historia y sus vivencias, por lo que ningún proceso se presenta igual que otro. En este sentido **no hacemos comparaciones**.

Este proceso es **un movimiento que el niño hace**–y no los padres- hacia el exterior, en busca de algo nuevo y desconocido que lo atrae al mismo tiempo que lo insta a nuevos retos.

La presencia de lo familiar le brinda seguridad para poder “lanzarse” a la vida y descubrir, explorar, asumir, vivenciar, situaciones nuevas que lo harán crecer y fortalecerse.

Una característica de este proceso es **que no se establece de manera lineal**, lo que implica que generalmente se darán pasitos hacia delante y también se volverá hacia atrás, como una condición podríamos decir inherente al mismo.

Por eso es importante tener presente que después de atravesar una enfermedad, o de unas vacaciones, o de una situación de cambio o inestabilidad, la mayoría de los niños/as necesitan tiempo para volver a situarse, es decir tal vez necesiten –si es que los padres ya han salido del espacio- nuevamente acompañamiento.

Y esto no está ni bien ni mal, simplemente es así, e intentamos tomarlo como se desarrolla, sin que medie ningún juicio en ello.

A medida que el niño/a va ocupando el espacio, acumulando experiencias, sensaciones y emociones, poco a poco se va abriendo a la posibilidad de relacionarse con los objetos en un primer momento, y luego con los otros niños, para finalmente entrar en alguna propuesta y/o actividad que plantee algún adulto, pero para ello necesitará ir sintiéndose cada vez más seguro y más a gusto con el grupo.

En este proceso de adaptación del niño/a nuestra propuesta, cuenta significativamente el trabajo de elaboración que paralelamente realiza la familia. Por tanto cuánto más a gusto, seguros, tranquilos y relajados estéis, tanto más sencillo será para vuestra/o hija/o apropiarse del espacio y encontrar allí su sitio.

Recogiendo nuestras vivencias en relación a este tema, hemos llegado a diferenciar con claridad **tres momentos** o fases de desarrollo de las adaptaciones:

En un primer momento, los niños necesitan de nuestra **disponibilidad total**, de nuestra **presencia**, de **nuestra mirada abierta y receptiva para acogerlos y acompañarlos** frente a lo que acontece.

Es importante que la mamá o el papá observe atentamente al niño, se desplace con él sin anticiparse ni proponerle nada... que siga sus movimientos. También en esta primera fase es la madre o el padre la/el que pone los límites al niño, en la medida en que el niño no registra a otro adulto como autoridad, previamente a haberse construido un vínculo afectivo.

En un segundo momento, en el que el niño ya va conociendo el espacio y a otros niños y comienza a sentirse un poco más seguro y a soltarse para explorar o jugar, **el acompañante buscará un sitio en el rincón de la entrada y le explicará al niño que se quedará allí** y que cuando lo necesite puede venir a buscarle. Os pedimos entonces que os quedéis allí donde el niño sabe que puede encontraros, de lo contrario se actualiza en el pequeño la angustia de separación y una sensación de abandono y malestar innecesarios para él y para el proceso.

En este momento es importante que comencemos a habilitar a los acompañantes del espacio, cuando nuestro hijo viene por ejemplo a pedirnos un material, lo remitimos a alguien del equipo y en este acto, el niño siente que vamos dando confianza a los adultos acompañantes del proyecto. Por eso, en este segundo momento ya es el equipo el que puede comenzar a poner los límites al niño, y la madre/padre puede acercarse a acompañar a su hijo si este lo necesitara, o bien puede estar disponible para acoger la frustración y el dolor que conlleva en sí mismo todo límite.

Un tercer momento y el último del proceso, se comienza a dar cuando el niño está

preparado para prescindir por momentos de su mamá/papá. Los adultos del equipo que estamos atentos a la evolución del proceso, proponemos entonces que la familia comience a salir a ratos para ir valorando este inicio de individualización que el niño va elaborando.

**OTROS ASPECTOS FUNDAMENTALES DEL PROCESO: LA FRUSTRACIÓN, EL LLANTO, LOS CONFLICTOS Y LOS OBJETOS TRANSICIONALES.**

**Todo organismo vivo está configurado por un plan interno de desarrollo inteligente que, si encuentra el entorno adecuado que le cuide y le permita fluir, puede desplegarse autónomamente.**

La frustración:

Crecer significa asumir que estamos limitados, y esto tanto para el niño como para los adultos conlleva un gran dolor. Este dolor, necesario y propio de la frustración humana, según cómo sea vivido, puede ser la fuente de nuestro fortalecimiento o bien, de nuestro debilitamiento.

Desde la mirada que proponemos, sentimos muy importante que la familia comprenda la frustración como parte absolutamente necesaria de la vida, del crecimiento y desarrollo del niño.

Es importante acompañar la frustración de nuestros hijos sin querer desviar el malestar que el niño siente cuando no consigue aquello que quiere, al mismo tiempo que como adultos vamos observándonos en cómo nosotros mismos vivimos nuestras frustraciones.

La vida en sí misma se conforma de muchas sensaciones tanto placenteras como displacenteras, y no se trata evitar lo que no nos gusta, sino más bien de integrarlo para crecer.

**Todo lo que se reprime retorna** y por lo general lo hace en forma de síntoma, por lo que os proponemos que poco a poco vayáis cultivando una apertura y acogida también a lo que no nos es agradable.

El llanto:

Cuando un niño se siente frustrado, su manera de manifestar su malestar por lo general es a través del llanto —y también claro está, de las rabietas—.

El llanto, le permite elaborar las pérdidas al mismo tiempo que favorece una descarga tensional que le libera y le relaja profundamente.

Dar lugar al llanto de nuestros niños, ese llanto que nos remueve hasta el fondo de nuestras entrañas, no es una tarea sencilla para los padres.

Este llanto de nuestro hijo nos actualiza nuestro propio dolor. Pero es aquí donde debemos fortalecernos para darle lugar y permitir que se despliegue este malestar, sintiendo al mismo tiempo que el niño así se va liberando de sus tensiones internas.

Por lo que también al llanto LO ACOMPAÑAMOS y no intentamos evitarlo.

**Acompañar significa no juzgar lo que acontece, sino más bien estar Unido a lo pasa, esto es: ASENTIR –decir Sí-.**

Los conflictos:

Cuando nuestro hijo comienza a relacionarse con el mundo, poco a poco se irá encontrando con sus pares desde su individualidad.

**La relación y el vínculo** también son procesos que se van aprendiendo e incorporando a partir de los encuentros y desencuentros con los otros.

El otro es necesario para que **Yo** me constituya como un ser individual, en la medida en que me hace de espejo y me trae experiencias para elaborar.

El conflicto entre los niños es la oportunidad para que **Yo** aprenda, comprenda, interiorice, mi lugar en lo social, al mismo tiempo que refuerzo lo propio de lo subjetivo.

En este tipo de propuesta vivimos los conflictos como posibilidad!

Y es sobre todo en el proceso de adaptación, en ese momento tan sensible tanto para el niño como para los padres, donde el conflicto se despliega.

En relación a nuestro abordaje, proponemos a las familias que acompañen a su hijo, a la emoción del niño, mientras los adultos del equipo acompañamos el conflicto propiamente dicho.

Estar allí sin juzgar ni tomar partido por vuestro hijo, confiando en que la vida nos trae lo necesario para crecer, es lo que en principio valoramos adecuado a nuestra mirada, a nuestro abordaje.

También es importante separar, lo que me pasa a mí con el conflicto de mi hijo, lo que yo siento, de la vivencia y sensación propia del niño. Muchas veces el niño esta bien con lo que sucede y nosotros somos los que sentimos malestar.

Sentimos adecuado que los papis no intervengan en los conflictos, ni con su hijo ni con otros niños. En cualquier caso o cualquier duda, podéis remitiros al equipo para compartir vuestras dudas, inquietudes e impresiones.

Los objetos transicionales: -sólo para los niños en adaptación-

El objeto transicional es el juguete, la ropa o el peluche que trae el niño, como un objeto diferenciado, que le permite elaborar la separación fusional. Es el objeto que media entre él y su madre y funciona para el psiquismo como sustituto que representa lo más propio cuando su mamá no está.

Es un objeto a partir del cual, el niño comienza a desplazar la libido –energía psíquica- y abrir

un espacio entre él y su madre.

No es un objeto a través del cuál el niño se presenta, sino más bien es un objeto que le brinda calma y seguridad.

En este sentido valoramos imprescindible dejar entrar a los peques que se inician en Xantala con algún objeto importante para él, en la medida en que facilita el proceso de separación y esto influye directamente en el proceso de adaptación.

#### **A modo de resumen concreto:**

#### **Resumen de las pautas de orientación para los adultos en el espacio**

Cuando los adultos entramos en el espacio, debemos tener presente que en esta propuesta el protagonismo lo tiene el niño.

Es muy importante buscar un espacio donde sentarnos y observar –segundo momento del proceso- , previendo no invadir las dinámicas de los niños, ni interferir en las propuestas que se desarrollan en cada espacio.

Para cuidar que el ambiente sea relajado, os pedimos que después de la asamblea no habléis entre padres.

Todas las inquietudes que os vayan surgiendo las acogeremos en un espacio diferenciado, no cuando estamos con los niños, en la medida en que nuestro trabajo requiere presencia en el mundo sutil y sensible de los peques y si nos habláis nuestra energía se dispersa y se traslada a la lógica racional adulta.

Tener presente que uno de los pilares de nuestra propuesta es favorecer la autonomía, por lo que os pedimos que no os anticipéis y no pidáis al niño/a que salude o venga a la asamblea si no lo desea. La escuela se ofrece como espacio para que él/ella mismo/a pueda decidir qué es lo que quiere hacer.

La actitud más adecuada a nuestra propuesta es la observación y no la intervención!

Os invitamos a que os regaléis la posibilidad de descubrir y disfrutar de la posición de observadores, una posición que nos aportará sabiduría y amplitud, permitiéndonos conocer más al niño/a y conectar con nuestros íntimos recursos creativos.

Los adultos en el espacio no hacen propuestas, ni dibujan, ni intentan llamar la atención de los niños o entrar en el juego de ellos, a no ser que sean ellos los que lo pidan.

Preferimos sobre todo tener especial cuidado en no hablar de los niños/as delante de ellos/as si no están incluidos directamente en la conversación. Los peques son como “antenas sensibles” que captan todo lo que los rodea, aunque no tengan la capacidad de comprender y, esto puede generarles angustia y una carga difícil de asumir.

También preferimos describir las situaciones y los actos más que interpretarlos, para no juzgarlos. Partimos de la base de que cada uno de nosotros hacemos lo mejor que

podemos, ninguna forma de educar es mejor o peor, ninguna familia es buena o mala, y ningún niño tampoco lo es.

Simplemente cada uno ha tenido una historia y unas condiciones externas que han posibilitado que seamos quienes somos. Y somos diferentes!!!, por tanto, no se trata solamente de respetar las diferencias sino también de aprender de ellas.

Por favor intentemos no juzgar a los niños, al equipo, a las familias. Y si esto sucediera, tomemos conciencia y hablemos de ello.

Si estáis en adaptación, avisar a vuestros hijos si os movéis de sitio. Es importante que se sientan seguros y que sepan con claridad dónde vais a estar.

Cuando vuestros hijos os pidan algún material para jugar, recordarles que tienen que pedirlo a quien esté más cerca de nosotros. Intentar siempre reconducirlos al equipo como referentes.

A la hora de recoger, es importante que los adultos también recojamos al mismo tiempo, así el niño lo comprende con naturalidad.

Tanto las familias como el equipo, si lo consideramos necesario, pediremos un encuentro para compartir inquietudes.

.